

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

51-52

JULIO-DICIEMBRE

1953

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

S u m a r i o

ARTICULOS		Página
		—
Luis Cernuda	<i>Tres poetas metafísicos</i>	9
Arnaldo Cosco	<i>Canto XXVII del Infierno</i>	21
José Gaos	<i>Sobre los estudios de filosofía en nuestra Facultad</i>	41
Juan Hernández Luna	<i>El iniciador de la historia de las ideas en México</i>	65
Allan Lewis	<i>El teatro del realismo socialista Máximo Gorky</i>	81
Alberto T. Arai	<i>Bosquejo para una estética del paisaje</i>	99
Olga Prjevalinsky Ferrer	<i>"Las almas muertas" de Gólgol y "El Quijote"</i>	127
Fernando Salmerón	<i>Las ideas estéticas de Ortega y Gasset</i>	141
Juan A. Ortega y Medina	<i>La "Universitas Christiana" y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI</i>	159
Manuel Moreno Sánchez	<i>Una teoría del paisaje Mexicano</i>	191
Luis Weckman Muñoz	<i>Los orígenes de las misiones diplomáticas permanentes</i>	203

	Página
Inés Vargas de Núñez	<i>La poética de Igor Stravinsky</i> 233
Domingo Martínez Parédez	<i>Hunabku: Síntesis del pensamiento filosófico maya</i> 265
Marianae V. de Bopp	<i>Friedrich Von Schiller</i> 277

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Elí de Gortari	<i>La filosofía científica</i> . (Hans Reichenbach.) 289
Beatriz E. Ibarra S.	<i>La razón y sus enemigos en nuestro tiempo</i> . (Karl Jaspers.) 292
Raúl Cardiel Reyes	<i>La génesis de la conciencia liberal en México</i> . (Francisco López Cámara.) 296
Eduardo Luquín	<i>La trayectoria de Goethe</i> . (Alfonso Reyes.) 302
Eduardo Luquín	<i>Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo</i> . (Justino Fernández.) 308
Ma. del Carmen Landero	<i>Un hombre perdido en el universo</i> . (Miguel Ángel Cevallos.) 312
Wonfilio Trejo R.	<i>La formación de la mentalidad mexicana</i> . (Patrick Romanell.) 316
Abelardo Villegas	<i>Análisis del ser del mexicano</i> . (Emilio Uranga.) 324
Xavier Tavera	<i>Hidalgo en Jalisco</i> . (Jesús Amaya.) 329
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 333

CANTO XXVII DEL INFIERNO

Si el Canto xxvi está todo iluminado de una alta glorificación de la audacia humana, en este Canto que sigue y que resplandece todavía con las llamas que envuelven a los aconsejadores de fraudes, el pecador que encontramos en él es sola y únicamente pecador y se apaga en él la luz espiritual que brillaba en Ulises.

Recordemos los trazos esenciales del gigante de esta parte de los "Círculos Infernales". Supera a la estatura del hombre común no mediante sus engaños, ellos mismos grandiosos y creadores de historia, sino por su audacia final; el viaje más allá de los confines señalados a lo conocido. Su "loco vuelo" más allá de esos confines es de la misma cualidad de la rebelión de Prometeo. Uno y otro erraron, pero sus errores aparecen impelidos por un fin universal con esta diferencia: que Prometeo, según el mito antiguo, lucha en batalla abierta contra la divinidad, mientras Ulises no tiene y no conoce antagonistas, y si tiene uno, éste le es completamente desconocido.

"Como le plugo a otro", dice refiriéndose a Dios que lo hunde en el abismo delante de la isla prohibida del Purgatorio, y es de notarse que para aquél a quien le ha placido hundirlo en el abismo, no hay en la narración que él hace de su fin, el más ligero rencor. Dios es una verdad por completo extraña a la personalidad que Dante intuye en este Héroe: una personalidad que es sola y completamente ardor de saber.

* * *

Más que en la flama que lo envuelve, se diría que Ulises está envuelto en el sueño que de él emana y en él concluye.

* Tradujo: Rosa Beatriz Abascal-Sherwell de Cecchetti.

No lo han separado de ese sueño los efectos familiares; no lo separa ni aun en la expiación la conciencia de su perdición. Si un dolor hubiera, si una decepción trasluciera de la narración de su aventura, sería aquella de no haber podido llevarla completamente a término. Pero este dolor no existe y la decepción no se siente.

La divinidad castigadora queda como flotando en el exterior de la esfera épica del héroe. El ha pensado solamente en ennoblecer la simiente del hombre. Ha vivido por vivir, a su modo, una vida digna; ha sabido por saber; ha osado por la belleza de osar sin ningún fin práctico, y justamente en esa época extrema de la vida en la que generalmente el hombre busca su última equilibrio, en la ya alcanzada quietud de las pasiones y de los sentidos.

Su desinterés es por lo tanto absoluto. Entre él y lo ignoto no había otras barreras que aquel poco que le restaba de la "vigilia de los sentidos", y él lo ha gastado sin dudar. El único antagonista posible podía ser él mismo, con su mundo de afectos y con el ya pesado cansancio de los años, y él ha quitado de enmedio este único antagonista. Le falta a su narración el rencor, porque le falta al rencor el objeto al que podría dirigirse. La divinidad es por lo tanto solamente una barrera desconocida contra la cual se rompe su audacia. El golpe que aquélla le da, permanece extraño al valor y al significado del "vuelo loco" con que termina su grande vida.

* * *

Puede decirse por lo tanto que la figura de Ulises resulta construída a través de dos aspectos prevalentes.

El primero es la ausencia en él de todo cálculo prudente acerca de cómo gastar el resto de su vida. El segundo es el aislamiento de toda proyección ultraterrena en el acto ejecutado por él. Su empresa está en fin, llena de una voluntad sin reservas y, como tal, no tiene nada que ver con la culpa de los pecadores del Círculo, culpa que está condicionada del segundo fin y del fraude.

El es lo que es. El pecador está en él sumergido en el héroe. La pena que sufre por sus pecados anteriores le es extraña. Válida para él es solamente la ecuación que ha establecido entre la "simiente humana" por una parte y "virtud y sabiduría" por la otra.

* * *

En la otra figura de este Círculo, que es aquella de un personaje claramente identificado y perteneciente a la generación que había precedido a Dante, la vida irrumpe, al contrario, con todos sus reclamos turbios y con sus problemas irresolutos.

Güido de Montefeltro entra en escena con la petulancia insistente de quien quiere hacerse escuchar a cualquier costo, y aún más, que para hacerse escuchar ostenta su martirio. Su auto-presentación subraya en la narración una profunda abyección en el tono y disipa de golpe la atmósfera élfica que Ulises había creado en su derredor.

“Dejaba ya de hablar erguida y quieta
la hoguera, y su camino continuaba,
tomada venia del gentil poeta,

cuando otra, que en pos de ella caminaba,
me hizo volver los ojos a su cima,
por un rumor confuso que lanzaba.

Como el Sículo buey, que la vez prima
con el llanto mugió (¡justicia ha sido!)
del que labróle con su infausta lima,

bramaba con la voz del afligido;
así que, aunque es de bronce todo entero,
eco parece de dolor transido;

tal las palabras, por no hallar primero
camino entre la llama, su lenguaje
toman, mugiendo, en tono lastimero.

Mas luego, por la cima, ya en su viaje
lanzadas, cobran la inflexión sonora
que imprimióles la lengua a su pasaje,

claras así sonando: “¡Oh tú que ahora
mi acento escuchas, cuyo hablar lombardo
me hirió cuando decías: “Ve en buena hora!”

No porque a ti mi acento llegue tardo
me niegues el pararte a hablar conmigo;
me agrada a mí, ya ves, y en llamas ardo.

Si ha poco del latino suelo amigo
a esta región misérrima caíste,
do mis culpas de allá tienen castigo,

dime si el romañol en paz existe;
yo soy de aquellas tierras entre Urbino
y el monte donde el Tiber nace triste".

Ya el esfuerzo que ejerce el pecador para echar la voz fuera de su envoltura de llamas es largo y confuso y tiene alguna cosa de animalesco que se opone como una desafinación al alejamiento de la flama "derecha y quieta" del héroe griego. La imagen del *Toro de Falarides* que muge con la voz del hombre que lo ha construido y que es quemado el primero, torna la flama a su función castigadora. Con Ulises se había convertido en sólo una lengua, esto es, el órgano mediador entre la Palabra y el Espíritu. Aquí es sólo instrumento de martirio y las palabras de este nuevo pecador salen fuera de ella, al principio, débiles o sea deformadas "lanzadas en su viaje" con un esfuerzo enorme.

El que habla no tiene ya la seguridad del otro. Aquél había roto la envoltura del fuego con una palabra conclusiva y densa; éste comienza con una sílaba invocante. El uno había abierto de pronto a la fantasía de quien lo oía el mundo claro y lejano del heroísmo y de la leyenda; el otro obliga a tender el oído a un preámbulo largo, con el cual invoca atención buscando tocar todas las cuerdas sensibles del oyente: la lengua común, la común patria, el propio sufrimiento y también ¿por qué no? una cierta correspondencia entre la tierra latina y la culpa que él lleva consigo.

* * *

Güido cree que habla a un condenado caído apenas en el Infierno y por lo tanto fresco de noticias terrenas.

Ha incurrido por lo tanto en un error que él mismo repetirá más tarde. Su misma pregunta "si los romañoles están en paz o en guerra" tiene, también ella, una sombra de inseguridad, porque tiene necesidad de ser sostenida, casi, y justificada por la sucesiva indicación del lugar de su nacimiento; "que yo fuí de aquellas tierras entre Urbino y el monte donde el Tiber nace triste". La indicación es, además, un tanto vaga y

C A N T O X X V I I D E L I N F I E R N O

se refiere a un mundo limitado y turbio. El discurso es tortuoso y la pregunta emerge después de premisas largas e innecesarias.

Habla, y Dante casi no lo escucha, preso aún como está del arroba-
miento del gran espíritu que se aleja. Se decide a responderle sólo cuando Virgilio lo toca con el codo y le dice: . . . he aquí tu ocasión; habla tú ahora, que éste es latino; y parece que el haber señalado la nacionalidad del pecador tenga una sombra de irrisión, como si con el griego Ulises se hubiera alejado el mundo de la nobleza y del ensueño:

Aquí la espalda me tocó el divino,
cuando encorvado aun vía al hondo centro,
diciéndome: "Habla tú, que éste es latino".

A la epopeya se substituirá ahora la comedia triste y llena de las pasiones acostumbradas, esto es, la Romaña del año 1300 llena de discordias y de ambiciones por el poder que se desencadenan en luchas sangrientas y en asesinatos. El pecador, sin quererlo, ha puesto el dedo en una herida que en el poeta está abierta y dolorosa. He aquí nuevamete la indómita y salvaje tierra de Italia, y he aquí de ella, puesta delante de él como a la fuerza, la región en la cual la discordia parece ser condición insuprimible de la vida. El llamado a la realidad es demasiado brusco para que Dante no sienta desagradablemente la sacudida, y la turbia vida política de su tiempo le es demasiado conocida para que él no sepa responder inmediatamente y a tono.

Desea la narración de las cosas de "Romaña" y hela aquí:

Y yo, que al punto la respuesta encuentro,
pues pensado la había, así le dije:
"¡Oh alma que escondida estás ahí dentro!

En paz a tu Romaña nunca rige
de tus tiranos la eternal protervia;
mas hoy pública guerra no la aflige.

En Rávena, cual tiempo atrás, soberbia
de los Polenta el águila se anida,
que con sus anchas alas cubre a Cerbia.

La tierra que la prueba hizo aguerrida
y en los franceses el estrago ingente,
yace a las verdes garras sometida.

El mastín viejo; el de Verruquio ardiente,
que hundieron a Montaña en sueño eterno,
clavando suelen su ominoso diente.

La ciudad del Lamón, con el Santerno,
rige el leoncillo azul del fondo blanco,
que bandos muda de verano a invierno.

Y aquella a quien el Savio baña el flanco,
como yace entre el monte y la llanura,
estado goza entre oprimido y franco.

Hora dinos tu nombre, y no más dura
sea tu voluntad que otras han sido.
¡Así el mundo tu fama guarda pura!"

La situación es esta y el alma "que está allí escondida" debe oírla hasta el fin.

No hay una guerra aparente, pero hay, y ha siempre habido en el corazón de sus tiranos el odio que la prepara y la hace explotar. Ravena, Cervia, Forlì, Faenza, Rimini, Imola, Cesena, desfilan una tras la otra en la cruda reseña, bajo la sombra hosca de los escudos de nobleza de los tiranos que las gobiernan. El lugar de honor espera a los Malatesta de Verruquio y su ferocidad es aquella de los mastines. Su diente, donde entra, rasga. Detrás de la sombra del noble gibelino "Montaña de los Parcitades", rehén del joven mastín Malatestino y muerto por él, aparecen las sombras eternamente dolientes de Pablo y Francisca. Detrás de la crueldad política, la crueldad familiar.

Ambiciones de gobiernos y odios, y finalmente junto a los odios, la táctica traidora que hoy se llama del doble juego, con Mainardo Pagani, señor de Faenza y de Imola, que cambia de partido pasando del Sur al Norte. Es Güelfo en Toscana y Gibelino en Romaña. Cesena, después, única ciudad todavía libre entre las mencionadas, pasa continuamente, a través de los varios gobiernos a los que se confía, del estado de sujeción tiránica, al de una precaria libertad. La diadema que corona la cabeza de "su Romaña" es esta: ambiciones de tiranos, odios, crueldad y dobleza, en una tierra de hombres traidores, duros y sin paz.

* * *

El pecador había ciertamente sido uno de estos. El deseo de que su nombre resista a la usura del tiempo parece presagiar la estatura política

C A N T O X X V I I D E L I N F I E R N O

que debe haber tenido en vida. La exhortación para que no se resista a contestar, prevé en él una prudencia circunspecta y tortuosa de la cual habíamos tenido una primera impresión cuando el condenado ha comenzado a hablar.

Sin indagar quien puede ser aquel "otro" que según Dante hubiera sido menos duro, si Ulises o el mismo Poeta, es pertinente anotar que la exhortación dirigida al pecador:

"... Ahora dinos tu nombre, y cuéntanos tu historia"

se hace para conocer no sólo el nombre del condenado, sino la historia de su vida.

* * *

Que es de Romaña, lo ha dicho él mismo, y también ha dado a entender estar ligado a la dulce tierra de Italia por toda la culpa que purga en el Infierno. En otros términos, aun en su discurso tortuoso y cauto, ha hablado de una culpa que lo liga a su tierra en un sentido históricamente vasto.

Anotado todo esto que me ha parecido necesario aclarar ya que en Dante cada palabra y cada frase tienen un significado preñado y preciso y no son usadas jamás sin razón, ni de modo aproximativo, está bien precisar que la confesión que seguirá se basa sobre un doble equívoco. El condenado no sabe que su interlocutor no es ya aquel que acaba apenas de hablar con Ulises, y no sabe siquiera que está hablando con un vivo.

El primer equívoco lo ha creado Virgilio con su invitación hecha en voz baja y casi a escondidas, cuando ha substituído Dante a sí mismo en la respuesta que había dado al pecador; el segundo nace del hecho que el pecador, encerrado como está en su envoltura de fuego no tiene la posibilidad de darse cuenta que su interlocutor está vivo.

Que Güido crea que habla a un muerto aparece claro de su frase alusiva a la "caída" reciente de aquellos de quienes habla en el mundo ciego de los condenados; que esta creencia lo persuada a salir de su reserva, se verá en las primeras frases de su confesión. A la ambigüedad circunspecta de sus palabras corresponde por lo tanto la situación engañosa en que se encuentra, y esta situación, quien la crea es, en el fondo, precisamente él.

A R N A L D O C O S C O

Si Virgilio la inicia y Dante la perpetúa callando su propia condición de vivo, es él mismo quien la fija con la tortuosa cautela de sus palabras.

* * *

Entre los que habían usado de la violencia contra sí mismos, es precisamente la revelación de la presencia de Dante vivo que mueve al suicida Pier de la Viña, también él sin posibilidad de ver a quien le pasa cerca porque está encerrado en un tronco de árbol, a revelar quién es y a contar su historia.

“... Dile, pues, quien tú fuiste, y compensado
serás, con que tu nombre hora renueve
allá en el mundo, a do volver le es dado.

Y el tronco: “Tu decir tan dulce y leve
me impulsa a hablar, y sufre si más graves
mis ecos son de lo que labio debe.”

Aquí se verá como por otra parte bastaría un ligera insinuación, una palabra lejanamente alusiva del poeta a su condición de vivo para alejar al pecador de toda confidencia.

... En cuanto el fuego un poco hubo rugido,
movió de un lado al otro el pico agudo,
estas voces lanzando en un soplido:

“Si yo creyera enviar mi acento rudo
a quien volver debiera al suelo orondo,
pronto sin trepidar quedara, y mudo.

Mas como nadie vivo de este fondo
salió jamás, si a la verdad atiendo,
sin temor de la infamia te respondo.”

Las situaciones de Pier y de Güido, exteriormente análogas, se resuelven por lo tanto de modos opuestos. Pier desea que el vivo hable de él al mundo: de su fidelidad al emperador Federico, de su amargo desengaño por la pérdida de la confianza imperial y en fin de su desdefñoso gesto final del suicidio como escape a la vida para él insoportable. El hombre justo que él había sido se había convertido, con el suicidio en in-

justo y se había privado voluntariamente de la gracia, alimentando en el mundo la sospecha de su traición. Revelar a los vivos el verdadero motivo de su fin significaba, por lo tanto para él, rehabilitarse para siempre. Sobre la confesión de Guido, por otra parte, recae la infamia. Si se decide a hacerla es porque no teme que sea revelada a los vivos: El cree haber calculado exactamente las posibilidades de la vida y de la muerte, porque sabe que del "fondo ciego" ninguno retorna vivo entre los vivos.

El drama de este pecador es el de ser demasiado astuto; demasiado circunspecto, demasiado medido. Todo hasta aquí, nos da la impresión de este "demasiado" que está en él: su demanda de ser escuchado, llena de recuerdos sentimentales; la prudente motivación de su solicitud de noticias sobre la Romaña; el razonado por qué con el que expresa su seguridad de no ir al encuentro de la infamia. Este demasiado que hasta ahora hemos observado en su palabra, aparece de nuevo, como el hilo conductor siempre presente, en la historia de su vida y de su condenación. Hay en él *como una falta del sentido* de las lejanas perspectivas y de los últimos fines. Apunta al resultado, y le huyen los efectos de lo que pregunta y de lo que dice. Tiene éxito en saber como están las cosas en Romaña y no sospecha haber mal dispuesto en contra de sí mismo el ánimo de quien lo escucha; teme sobre todas las cosas la infamia que le vendría de una confesión imprudente, y aquieta su temor haciendo silogismos sobre la imposibilidad de salir vivo del infierno.

El "demasiado" que está en él, de previsión y de astucia, le impide darse cuenta de que además de la premeditación y del cálculo que acuerdan la acción al pensamiento, la conclusión a las premisas y el éxito a la previsión sapiente, existen lo accidental y lo imprevisto que hacen caer cálculos y previsiones.

El imprevisto del hombre vivo destruye aquí su cálculo sobre lo inmutable de las leyes infernales y lo sumerge en lo grotesco de una situación por él temida y que está muy lejos de imaginar.

La narración que sigue es la historia de otro acto imprevisto y hasta de un cálculo demasiado astuto, que termina con hundirlo en el abismo de la condenación eterna.

Nos da el génesis, aún éste astutamente razonado, de un tremendo equívoco en el que el pecador ha caído como en una trampa, y del cual no puede consolarse. Su temor de la infamia, si puede decirse motivado

genéricamente por la reluctancia de cada condenado a ser cogido en su estado de perdición, tiene aquí razones más específicas y remotas, en cuanto él está convencido de no haber dejado en el mundo ninguna sospecha de su pecado. Y es tanta la fuerza con que afirma la inviolabilidad de su secreto, que hace pensar en alguna cosa de insólito y tremendo.

* * *

Güido de Montefeltro no dirá su nombre ni Dante nos lo revela. Es este el último resto de su reticencia, y es quizás también un fugaz tributo de consideración que el Poeta rinde a los méritos guerreros del hombre y a su estatura política; mas su gesta de valeroso condotiero gibelino, sus escomunicaciones, su remisión final al Pontífice y su consiguiente ingreso en la Orden de los Franciscanos, eran en Romaña y fuera de Romaña cosas demasiado conocidas para que pudiera haber alguna duda acerca de su identidad.

Se sabía por todas partes lo que él cuenta de su vida de cabecilla; se sabía su conversión, y se sabía, en fin, su ingreso y su muerte en la Orden de los Franciscanos. Si las nuevas de su coloquio con Bonifacio VIII fuesen también ampliamente conocidas, no se puede decir. Es cierto, sin embargo, que Dante no lo inventa, y que el encuentro había tenido lugar. Lo que por otra parte puede ser fruto de la imaginación del Poeta, son las palabras diabólicas con que el Papa lo hace recaer en el pecado. En ésto, la fantasía seguía en Dante un camino ya abierto por la idea que él se había hecho del Pontífice reinante. Bonifacio, como todos saben, era para él corrompido y corruptor, y políticamente infausto a los ideales que el Poeta soñaba.

En este episodio él representará el imprevisto contra el que se rompe el cálculo meditado de Güido: arrepentirse y rendirse, hacerse fraile para salvar el alma después de una vida de pecado. Y he aquí, comenzando, toda la historia del pecador en síntesis.

... "Guerrero he sido; mas después, queriendo
mi conciencia limpiar, la humilde saya
de Francisco vestí; ya iba venciendo,

cuando el gran Sacerdote, ¡que mal haya!
de la culpa otra vez me hundió en la borra
(que de tu mente el cómo no se vaya)."

CANTO XXVII DEL INFIERNO

Hemos llegado al anuncio de la culpa, pero aún no a la verdadera historia de ésta. Sabemos que Güido ha recaído en el pecado, pero no conocemos todavía el "cómo y el motivo", y el modo y el porqué. La figura de Bonifacio nos pasa delante como aventada y perseguida por una maldición: Entre el pecador y él, hay un lazo de responsabilidad aún no esclarecido. Güido nos dice además que había habido la enmienda de sus pecados y que su creencia, esto es, sus esperanzas, se habrían cumplido si en su vida de penitente no hubiese aparecido "el gran sacerdote". Se trata de una partida jugada y perdida, de un cálculo que no le ha salido, y quien ha hecho que le fallara es precisamente Bonifacio. Este es la incógnita que había quedado fuera de sus previsiones. Aparece claro que, aún en la narración concluyente de su terrible historia, Güido muestra no haber ponderado la posibilidad de lo imprevisto que puede brotar de su modo de encadenar los hechos.

Pero, ¿cuáles hechos?

* * *

A la conclusión anticipada y sumaria de ellos, sigue, en cuatro cuadros, la historia verídica del gran secreto que el mundo no debe conocer.

Las cuatro escenas que la componen, aunque sobre el principio subjetivo de la perdición de Güido, narran un suceso universal y parecen las de una representación sagrada. Podríamos llamarlas, progresivamente, escena del arrepentimiento, de la tentación, del titubeo y pecado, de la condenación. El protagonista es Güido; el verdadero antagonista aparece al final. La narración se desarrolla lógicamente, o mejor dicho hay una lógica, aquella de Güido que es la lógica limitada del pecador, al que le huyen las grandes líneas directrices de la lógica del espíritu. Director del drama o es la astucia.

* * *

El hecho es que hasta en la primera escena, que es aquella del arrepentimiento, hay algo de ambiguo que queda como fuera de la verdadera purificación del pecado.

"Desque el alma el mortal vestido aforra
con que al mundo me echó la madre mía,
más que como león, obré cual zorra.

A R N A L D O C O S C O

Todo tortuoso hacer y oscura vía
supe, y de mis ardidés y cautelas
la fama por doquiera se extendía.

Luego, cuando la edad con sus secuelas
me trajo al punto en que el mortal ya debe
atar los cables, abatir las velas,

entonces grave hallé lo que antes leve:
y confeso y contrito, mis deseos
estuvo en poco ¡aymé!, que a colmo lleve."

La historia de las culpas es demasiado insistente y ostentosa; demasiado crudo aquel llamamiento a la madre y demasiado sádico aquel rebajamiento que él hace de sí mismo a la naturaleza volpina. Demasiado apartado e indiferente a él mismo aquel difundirse de su fama más allá de los confines de la tierra natal. Es una confesión, pero parece la historia de otra confesión preparada a propósito antes de entrar en un confesional. La sospecha obtiene mayor consistencia por la indicación del momento en el cual su conversión se ha cumplido; ésto es, de aquella época de la vida en la que el hombre debe, como el navegante, "atar los cables y abatir las velas". Si había habido arrepentimiento, no podría decirse que fuera de los más límpidos y fulgurantes, y la bondad de Dios debía de haber tenido brazos muy grandes para aceptar esa rendición sobre la que se proyectaba la sombra de un cálculo. "Estuvo en poco, ¡ay de mí!, que mis deseos a colmo lleve".

Güido está todo en su lógica. Llega, con un abandono imprevisto, a la conmiseración adolorida de él mismo, ésto es, de esa especie de muñeco que se ha dejado engañar por una voluntad nefasta, pero que no sospecha que esa voluntad, en el sentido moral, nace de algo torcido que anida en él. Seguro como está acerca del valor de su rendición a Dios, carta jugada por él para conquistar su salvación, no comprende todavía que esta rendición, para ser válida, debería de haber dejado fuera, para siempre, la costumbre del compromiso, del cálculo y del sofisma.

Y es esta costumbre precisamente la que lo hace perder cuando "el gran Sacerdote" lo llama. ¿Qué quiere de él? Sólo un consejo, pero es un consejo perverso. Y Güido calla. Las palabras que el Vicario de Cristo le dirige, le parecen locas. ¿Puede un Papa pedir a un fraile que peque por él? La escena se cierra con la descripción de un silencio grávido de

CANTO XXVII DEL INFIERNO

titubeos y de temores. El alma, cogida en desprovisto por el tentador, advierte temblando el abismo a que el tentador lo empuja.

"El señor de los nuevos fariseos
guerra hacía en los campos Lateranos,
y a los turcos no a fe, ni a los judeos,

porque eran sus contrarios los cristianos,
y no de los que en Acre hacen la prueba
y a tierras del Soldán llevan su grano.

Ni orden sacro ni llaves y aura esteva
suyos vió, ni el sayal en mi pedestre
que tornar suele flaco a quien le lleva;

antes, cual Constantino al gran Silvestre
trajo a curar su lepra del Sorate,
éste a sí me llamó, porque le muestre

cómo su fiebre de ambición le mate;
mas dejé sus palabras sin respuesta,
pensando si locura le combate".

La escena es hosca, y en componerla Dante da una mano, y ¡qué mano! Bonifacio, al que le ha ya preparado un digno puesto en el círculo de los simoníacos, de Vicario de Cristo se ha transformado en Príncipe de los prelados fariseos que le forman corona, y Roma, sede del Papado universal y guía espiritual del mundo, está reducida a tierra de guerrillas — que el Vicario de Cristo alimenta. Este no combate por ardor de religión, sino por odio y ambición; y sus adversarios no son los sarracenos conquistadores de Acre, ni los judíos vendedores de armas a los mahometanos, sino los mismos Cristianos. Encerrado en su sueño loco de dominio y empujado por la aversión hacia la familia rival, él, pidiéndole a Güido que lo cure de su fiebre de odio, no respeta más su suprema dignidad de Vicario, los deberes de su sacerdocio, y no se detiene ni siquiera delante de aquel símbolo de humildad que es el cordón de San Francisco, con el cual está cinto Güido.

Lo consume una voluntad de destrucción. La Roma semi-desierta de principios del trescientos aparece de soslayo en aquella zona del Laterano donde tienen casas y fortalezas sus enemigos. La cruenta lucha entre las

dos familias principales, Caetani y Colonna, nace de rivalidades por dominio. Si Bonifacio quiere curarse su fiebre, ello significa sólo que él entiende, *no conciliarse*, sino *destruir* la parte contraria, y el consejo del que tiene necesidad, se refiere a ésto. La fama de las astucias de Güido era bastante difundida, y nadie mejor que Bonifacio podía haber medido su valor de guerrero y su formidable astucia de zorra. Güido había sido, en verdad, durante largos años, uno de los más hábiles y duros contrarios del partido Güelfo en Romaña y en Toscana. Dos veces escomunicado por la Iglesia y reconciliado dos veces con ella, se había arrepentido al fin y se había hecho fraile. Cómo podrá ahora la vieja zorra, definitivamente sumisa, rehusarse a ayudarlo?

* * *

Pero la zorra que se encuentra con un lobo que tiene los dientes afiladísimos, advierte inmediatamente su peligro. El dístico que resume la primera parte del encuentro encierra un temblor angustioso: "consejo me pidió, más dejé sus palabras sin respuesta, pensando si locura le combate".

Amenazada, se esconde en su guarida; su única salvación está en el silencio; y es un silencio que se extiende sobre una furia de rencor y de odio; El gran sacerdote quiere curarse, pero a su modo. El parangón entre la curación de Constantino y aquella que Bonifacio quiere para sí, se cumple a través de similitudes sacrílegas: Constantino a Bonifacio, Silvestre a Güido; El eremo puro del Sorate con la corrupta morada del enemigo de la cristiandad.

Roma aparece como iluminada por una flama sangrienta que contamina el santo marco latino del primer triunfo de la Iglesia. Se opone a la diáfana pureza del monte de los eremitas con la visión, imaginada por nosotros, de un lugar apartado y cerrado, en el que se desarrolla un coloquio que nadie puede escuchar, saturado de pecado. Odio de una parte; sorpresa inaudita y temor de la otra. Hay sólo un testigo, pero éste es invisible.

* * *

En la escena que sigue, y que es aquella que precede al epílogo, el gran sacerdote y Güido se miden a escondidas, pero las palabras son

CANTO XXVII DEL INFIERNO

claras. El tentador se transforma de lobo en zorra e invita a la otra zorra a luchar con él con armas iguales. Siente la resistencia y establece un canje, y llega a dar antes de recibir. Pide el consejo y anticipa la absolución, y hasta, para vencer cualquier residuo de titubeo, habla teológicamente a Güido de las divinas facultades de las Llaves Santas.

El razonamiento hace presa. La pávida astucia de la zorra, ya cansada, cede a una astucia más fuerte que la suya, y el consejo es dado.

Y él: "Si temor —me dijo— te molesta,
de antemano te absuelvo. Dime cedo
cómo arruine los muros de Prenesta.

Ya sabes que cerrar y abrir yo puedo
el Cielo, pues que dobles son las llaves
que mi predecesor dejó por miedo".

Yo juzgué aquí sus argumentos graves:
que era el callarme compromiso loco,
y dije: "Padre, bien; pues que me laves

del pecado en que caigo sólo invoco.
Tú el largo asedio vencerás de cierto,
con mucho prometer y cumplir poco".

Ha sido cuestión de pocos momentos, y el telón ha caído sobre las últimas palabras de Güido como un golpe súbito. El testigo invisible puede alejarse, ahora. Su obra está concluida. De aquello que ha sucedido, Güido no se ha dado cuenta, y lo sabrá solamente cuando ya no pueda remediarlo. Por ahora, la palabra del gran sacerdote ha disipado en él todo temor. Ha habido absolución y ha habido hasta el esclarecimiento de la facultad, únicamente pontificia, dada a Pedro y a los sucesores de Pedro, de cerrar o abrir las puertas del cielo. Ha habido, además, en la ostentación de esa facultad, como una oscura amenaza para una desobediencia eventual. La caída en el pecado ha sido presentada por el gran sacerdote con todos los crismas de la legitimidad: absolución, obediencia, respeto de las Llaves Santas. Continuar callando habría sido insubordinación y herejía.

Un último resto de prudencia, antes de dar el consejo, lo emplea Güido cuando enumera y subraya las condiciones del pacto. Por una

parte las garantías recibidas: "Padre, bien; pues que me laves del pecado en que caigo"; de la otra el consejo: "Tú el largo asedio vencerás de cierto, con mucho prometer y cumplir poco".

Ahora podrá retornar en perfecta tranquilidad a su vida de penitencia. La responsabilidad de su pecado la deja toda a quien puede abrir y cerrar la puerta del cielo.

* * *

Veremos ahora cuál será el epílogo de este duelo que ha tenido por único padrino el diablo y por terreno de lucha el engaño y la astucia, pero necesitamos repetir aquí, en cierto sentido, Bonifacio y Güido han luchado con armas iguales y que ninguno de los dos vence, ya que, en el pecado, caen los dos: el gran sacerdote con su lógica voluntariamente sacrílega y falaz, Güido al aceptar esa lógica, a la cual, para ser perfecta, le falta algo que el testigo invisible le dirá en el momento oportuno.

Se trata de una sucesión de tiempo errada. La absolución viene antes del pecado, y por lo tanto le falta su condición base, que es el arrepentimiento.

Si nos preguntamos por qué Güido no se da cuenta y cae en la trampa, debemos responder que él mismo se ha metido dentro, no porque no haya oteado la fetidez de la insidia y le falte el hábito de la defensa, sino precisamente —y no parezca extraño— porque no ha logrado libertarse de ellos ni siquiera durante los años de la penitencia. Ahora, preso como está en el cálculo atento de sus movimientos propios y de los del tentador, se deja distraer de la valorización estrictamente utilitaria y positiva del mejor y del peor, ésto es, de la absolución y de las consecuencias eventuales si rehusa. Olvida y sofoca el impulso espontáneo de su titubeo precedente y piensa en fin, en perfeccionar y repetir los términos del pacto aceptando voluntariamente aquella lógica de la que se cree maestro. Si no se da cuenta es porque ya está fuera de la gracia.

Objeto del pacto es Penestra, fortaleza de los Coloneses. Las crónicas del tiempo narran que el Papa consiguió, con el consejo de Güido, amansar a la familia rival y prevalecer sobre ésta. El coloquio entre los dos es solamente imaginario, y está todo lleno de sobresaltos y escalofríos de infierno, detrás de la negra superficie de dos sofismas tétricos.

CANTO XXVII DEL INFIERNO

Es lícito pensar que Dante lo tendrá presente cuando, en el Purgatorio, hará predecir a Hugo Capeto el sangriento ultraje que Sciarra Colonna y el emisario de Felipe el Bello infligirán a Bonifacio en Alaña: *

“... Veo la Lis de Alaña en los torreones,
y en su vicario prisionero a Cristo.

Y los nuevos ultrajes e irrisiones,
y el vinagre y la hiel repetir veo,
y el clavarle en la Cruz entre ladrones.

(Purgatorio, Canto xx.)

Güido ni siquiera sabe qué alimento haya dado, con su consejo, al rencor que llevará a Sciarra Colonna hasta el ultraje al Vicario de Cristo.

La última escena, es aquella del epílogo y se desarrolla, como en ciertas pinturas antiguas, con un esfuerzo de evidencia plástica de la que nos queda casi una pesadilla. Los protagonistas son tres: San Francisco, el alma del pecador y el testigo invisible, el “negro querubín”. Es rápida e inexorable, y queda en ella la impresión de una doble resonancia lúgubre: una carcajada diabólica y el lamento del pecador. Todo el prudente cálculo de Güido termina allí!

“... Vino después por mí, cuando hube muerto,
Francisco, mas un negro ángel caído:
“No me harás —dijo— tan visible entuerto:

bajar debe a mi gremio maldecido,
pues des que el fraude aconsejar resuelve,
de los cabellos téngole ya asido.

A quien no se arrepiente, Dios no absuelve,
ni arrepentirse y persistir es dado;
premisa tal contradicción envuelve.”

¡Cuál me puse a temblar! ¡Ay desdichado!,
cuando me asió, diciendo: “De seguro
que no era yo buen lógico has pensado.

Y a Minos me llevó, que el flanco duro
con la cola ocho veces envolvióse;
y después de morderse en ella furo,

* La traducción de los versos de Dante es la del Capitán General Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, de la Real Academia Española.

A R N A L D O C O S C O

“Bajé a las llamas”, dijo, y convirtióse
en hoguera mi ser, y así vestido
vime, y el alma como ves perdióse”.

Cuando tal su relato hubo cumplido,
echóse a andar, y aun su dolor decía
agitando y torciendo el tufo erguido.

Y adelante seguimos yo y mi guía,
trepando el arco próximo, que el turbio
foso domina, do su culpa expía
quien la discordia siembra y el disturbio.

* * *

Concluyo. Decía que el drama de este pecador es el “demasiado”: demasiada astucia, demasiado ingenio, demasiado cálculo, y su constante escabullirse en la impostación del problema moral. Aquí él va, una vez más, más allá del punto justo de su realidad verdadera, que es su mismo pecado, o por mejor decir, él deja el pecado fuera de su pena. Aquello que, en suma, ha quedado en él, después de la sorpresa inaudita del epílogo, es la obsesión de haber sido cogido en desprovisto y sin posibilidad de defensa, en el momento decisivo al que se había presentado ignorante de la suerte que le esperaba, y al contrario seguro de su salvación. Su verdadero tormento, su secreto es éste: no haberse dado cuenta, precisamente él, de la horrenda trampa en la que había caído; haber caminado hacia la muerte, sin sospechar que tenía que defenderse aún.

El “negro ángel caído” ha destruído con dos palabras la argumentación del gran sacerdote, y, al mismo tiempo, todo el mérito de su vida de penitente. Sólo de ésto se aflige, y no recuerda que su vida de penitente había sido, también, toda un argumento falso. A la lógica para él segura de Bonifacio, el diablo ha opuesto aquella de las Escrituras, de las cuales, aún después de su caída del cielo, conserva el recuerdo. La letra precisa de la Ley que él anuncia, pierde lo divino que lleva en sí para asumir, en su boca tonos negros y definitivos. El cuadro parece iluminado espectralmente de una luz sulfurosa, y San Francisco, venido allí para llevarse al cielo el alma de su fraile, no dice nada y no puede decir nada.

CANTO XXVII DEL INFIERNO

El pasaje de la esperanza a la desesperación está señalado por una toma de posesión que da pavor por la siniestra ironía que lo acompaña: "que no era yo buen lógico haz pensado".

Lo que sigue es una escena de pavor, de la cual, después del juicio sumario de Minos y la caída entre los reyes del "fuego ardiente", la pena eterna del pecador, una vez encerrado en su envoltura de fuego, aflora con sus maldiciones y su lamento desesperado.

ARNALDO COSCO